LA ACCIÓN OBRERA

PORTE PAGO — PERIÓDICO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO — PORTE PAGO

AÑO X — NÚMERO 358

Dirección: Constitución 2845 - Dpto. 5

Buenos Aires, 10 de Julio de 1915

SUSCRIPCIÓN MENSUAL

República Argentina..... $ 0.50 m/n

Exterior..... $ 0.25 oro

La Voix du Peuple - 38 Grange - Aux - Belles - Paris

LA UNIDAD SINDICAL

Con el IX Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, se inicia una nueva y fecunda época para la organización sindical. La unidad—desgarrada en el segundo congreso—ha vuelto a afirmarse y a triunfar, después de tres largos lustros de luchas fratricidas, de rivalidades y enconos, en que anarquistas, socialistas y sindicalistas nos vimos obligados a malgastar nuestras mejores energías en combatirnos recíprocamente.

Las consecuencias de esta división son públicas; nadie puede pretender desconocerlas. El estado calamitoso de las organizaciones, muchas de ellas reducidas a simples esqueletos, la notoria impotencia—no diremos para reconquistar las libertades elementales que nos fueron arrebatadas por la burguesía con las dos famosas leyes de excepción—sino para continuar la obra de educación y propaganda sindical, hace hoy más que nunca necesaria la unidad proletaria. Y pese a los pocos obtusos de inteligencia y de intenciones nada claras, que han intentado una "santa cruzada" contra la obra del IX Congreso—nosotros afirmamos que los delegados a esa magna asamblea proletaria, al anular la declaración partidista, con la noble intención de facilitar la unidad de todos los elementos obreros "conscientes de la lucha empeñada contra el patronato y el Estado" han tenido una visión clara y nítida de la realidad del momento y de los futuros destinos proletarios, habiendo realizado una obra eminentemente práctica y de grandes y fecundas ulterioridades revolucionarias.

La unidad orgánica de los trabajadores proclamada por Marx, es hoy reconocida como una condición indispensable—*sine qua non*—de la revolución social que ha de poner término al actual régimen de producción capitalista. Las personalidades más notables de las dos fracciones tradicionales del socialismo—la anárquica y la parlamentaria— de todos los países, han continuado proclamando y reconociendo—por lo menos en teoría—como principio fundamental la máxima de la gloriosa Internacional: la emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos. Y es por esto que el Sindicalismo, que viene a continuar la obra de la Internacional, ha merecido la aprobación entusiasta de los hombres más preclaros, por su obra práctica y teórica, de las dos fracciones tradicionales del socialismo.

Kropotkine—que es quien más prestigio tiene entre los teóricos del anarquismo comunista, y que durante muchos años alimentó la ilusión de la revolución espontánea e inminente,—en estos últimos tiempos se ha creído en el deber de precisar la máxima marxista haciendo notar que no sólo la emancipación de los obreros debe ser la obra de ellos mismos, sino que, agrega, *ésta sólo puede efectuarse en un ambiente exclusivamente obrero*. Y W. Tcherekesoff — hermano intelectual del anterior—al estudiar el Sindicalismo, se creyó en el deber de afirmar que "no habrá un sólo militante sincero de las dos fracciones socialistas (anárquica y parlamentaria), que pueda negarse a participar en la lucha planteada por el Sindicalismo". Sebastián Faure, Hamón, A. Girade y Juan Grave, en Francia; Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, José Prat, en España; N. Vasco, A. Costa, en Portugal; Fabbri, Malatesta, Molinari, Merlino, en Italia, etc., han hecho reiteradas manifestaciones semejantes a las de aquéllos.

En cuanto a los socialistas parlamentarios, creemos superfluo toda insistencia, porque, si bien la generalidad de ellos suelen desconocer la importancia de la acción sindical y difieren notablemente de los sindicalistas en las apreciaciones tácticas, admiten, sin excepción, la necesidad de la acción de los sindicatos obreros.

Por otra parte, cualquiera que sea la filiación teórica y doctrinaria de un militante de la organización sindical, o sus preferencias tácticas, reconocerá como una verdad axiomática que la eficacia del método preferido está en relación directa con la fuerza y capacidad de la organización. Por lo tanto, entendemos que no obstante las diferencias de apreciación, todos aquellos que reconocen la eficacia de la acción de los trabajadores organizados sindicalmente, debieran deponer los sectarismos de círculos y partidos, y cooperar con entusiasmo a la unidad sindical. En IX Congreso de la F. O. R. A., al reconocer a los partidarios de las distintas tendencias amplia libertad para propagar sus ideas—destruyendo toda preferencia y privilegio odiosos—debe merecer la aprobación de todos los obreros animados de sinceridad.

Todos los trabajadores, todos nuestros hermanos de explotación, todos los obreros que desean poner un freno a la creciente avaricia capitalista; que anhelan ver una nueva era de épicas luchas luchas y de conquistas sindicales; que tienen el buen sentido de recordar que las diferencias de apreciación que pueden existir entre los proletarios no deben hacernos olvidar la diferencia fundamental, el antagonismo profundo e insalvable que existe entre proletarios y burgueses, han de hacer triunfar los acuerdos del último Congreso, y con ellos, la unidad sindical, cerrando para siempre el período de las luchas fratricidas y las funestas divisiones.

Una nueva ley de excepción

El famoso proyecto de jubilaciones ferroviarias—del que nos hemos ocupado en diversas ocasiones—ha sido convertido en ley.

Con esta medida, los trabajadores ferroviarios son colocados en una situación deprimente, que esperamos tendrán la suficiente energía y entereza de no tolerar.

La Federación Obrera Ferrocarrilera ha resuelto relacionarse con las organizaciones similares a objeto de iniciar lo más pronto posible una agitación intensa para evitar la aplicación de tan monstruosa ley.

Ya las secciones de Rosario, Maipú, Tolosa y Caballito han expresado públicamente su propósito de no acatar ese burdo adefesio llamado pomposamente Ley de Jubilaciones.

Creemos que la Federación Obrera Ferrocarrilera ha de iniciar una campaña sin esperar ni confiar mucho en La Fraternidad ni en la Liga—cuya inactividad y falta de espíritu puede decirse que es su única característica. Y si como esperamos, se emprende la campaña, la Federación Obrera Ferrocarrilera, ha de contar con el apoyo de todo el proletariado del país agrupado en la F. O. R. A., con lo cual puede descontar desde ya el triunfo.

Lo indispensable es una agitación previa, vasta e intensa, para hacer conocer al numeroso proletariado del riel esa ley engañifa, a fin de que cuando llegue el momento propicio sepa levantarse unánime y desbarate ese mezquino y reaccionario intento liberticida de nuestro democrático parlamento.

"POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA"

Con este título el señor Leopoldo Lugones acomete con un extenso y apasionado panegírico la defensa del normalismo argentino. A ello, dice, fué determinado por un libro de un señor Gálvez, que parece ser una diatriba novelesca contra el *magisterio*, que tanto respeto le merece al señor Lugones. Sin embargo, esa novela no le habría merecido su refutación, si la misma no se hubiera captado las alabanzas del señor Unamuno, a quien el señor Lugones estima muy leído. De lo que se infiere que este último consideraba ya un feto a aquella novela si no hubiera aparecido a tiempo con sus buenos oficios la comadrona; de quien quiere defender entonces al profesorado normalista no es de Gálvez, sino de Unamuno, del viejo santurrón que tiene la virtud de hacer *mal de ojo* a todo lo bueno que lee, así como la de magnificar lo que merece ser despreciado. Lo acertado hubiera sido, por parte de Lugones, batir el mal gusto de hisopo y olla que hace "tan leído" al rancio catedrático, y no el haber tomado tan ciega defensa del normalismo nacional, que lo ha llevado a hacer afirmaciones que, luego en calma, le habrán hecho sentir alguna intranquilidad de conciencia.

Hemos tenido ya oportunidad de emitir nuestro pensamiento respecto al profesorado, y en general estamos dispuestos a subscribirnos al del señor Lugones, pero no en lo que dice que es, sino en lo que deja adivinar que debiera ser. Y es interesante preguntarse si, en efecto, el señor Lugones ve en el actual normalismo argentino el discernimiento y la voluntad de alcanzar un día la perfección de un "organismo bien constituído" dirigido por normalistas criollos, o si huye de ver en él la tendencia a ser cada vez más un apéndice del Estado perfeccionado por éste como instrumento eficiente para el "dogma de obediencia", del que los normalistas serán las necesarias rodajas inconscientes. Quisiéramos equivocarnos en lo que respecta al porvenir, pero en cuanto al presente aquel dogma del Estado se inyecta a la infancia argentina por medio del profesorado primario en una forma ideal; y si, ulteriormente no obtiene el resultado ominoso al que tiende, no habrá que agradecérselo al magisterio por su labor actual.

Sabemos que no puede ser de otra manera desde que él ha sido creado con el principal objeto de servir los intereses del Estado y las clases privilegiadas; pero nos sorprende que un enemigo tan sutil del "dogma de obediencia", cometa el error—no atinamos a llamarlo de otro modo—de magnificar en su defensa del normalismo, precisamente las condiciones que éste posee como servidor de aquel dogma. Entre ellas no es la menos importante, ni menos alabada por el señor Lugones, la de que el profesorado mediterráneo esté compuesto casi en su totalidad por elementos desprendidos de las "familias distinguidas", de lo que se infiere que el dogma tan zaherido ha de estar perfectamente administrado, al intervenir como factores quienes en servirlo satisfacen sus intereses o sus inclinaciones atávicas, pues sabemos qué significa este género especial de distinción. Y si otras razones no hubiera, que las hay, y muchas, esta bastaría para nutrir el pesimismo que provoca el profesorado normal y su labor a los padres "no distinguidos," pero medianamente inteligentes, que se ven en la ingrata obligación de ir limpiando el espíritu de sus hijos de toda la cizaña que por un grano de trigo en ellos siembra el educador oficial.

Repetimos que, indudablemente, hay coincidencia entre lo que nosotros deseamos del pro-

fesorado primario y lo que el señor Lugones espera de él en lo porvenir. Pero desesperamos de que por los medios que él indica esto se logre. Si es fácil admitir que la cultura sea "ante todo delicadeza de alma y conciencia de la propia dignidad," no lo es que, en este caso particular ella venga de "adentro para afuera", es decir, de las provincias del interior a Buenos Aires, por conducto del magisterio. Esa cultura, cuando más, sólo puede ser un reflejo de la cultura europea que tiene, en Buenos Aires, su entrada natural. Una cultura mediterránea, de pura cepa criolla, sin contaminación, ¿dónde puede originarse? ¿Acaso de aquella sociabilidad feudal y bárbara que analizó Sarmiento y cuyos resabios aún se oponen al espíritu europeo?

Pero aun en la hipótesis de que ello sea verdad, de que los centros populosos del litoral queden deudores en el porvenir a la cultura del interior, ¿de qué substancia cultural sería acreedora? Se repite hace tiempo sin cansancio que lo más importante es la creación de un potente espíritu de nacionalidad. Este es el magno trabajo a que está dedicada la cultura del pomposo magisterio. Y esa cultura no le ha hecho percatar aún que su labor, por los métodos que la efectúa, además de ser el empeño de Sísifo, está en pugna con la "delicadeza de alma y la conciencia de la propia dignidad." La cultura "magistral", a pesar de estos atributos que el señor Lugones le asimila, sólo se utiliza en exornar un nacionalismo absurdo a base de una historia-patraña, afeminado y abaladí, incubado por la mentalidad de una burocracia corrompida.

El señor Lugones se yergue contra la truhanería bonaerense que simboliza en el compadraje orillero y en la patota aristocrática; pero olvida que esos agentes de moralidad regresiva han desfilado bajo la férula del normalista, cuya cultura del nacionalismo ha cumplido en ellos su misión más importante haciendo de todos perfectos fetichistas de la patria y su bandera. Si aquellas lacras son desconocidas en el interior, es porque el analfabetismo lo proteje, pues la instrución primaria que se distribuye en cualquier rincón del país se paga el caro precio de un patriotismo cursi y enfático que descansa sobre un puro simbolismo amanerado y dirigido puramente a exaltar la valentía y la vanidad nacionalista, que pueden conducir a cualquier parte, menos a la austeridad y a un claro discernimiento de lo real. Y en este sentido, el señor Lugones se injusto para la educación clerical, pues si él deplora que haya frailes que no se nacionalizan, el Estado, en cambio, se vería apurado al discernir si es la escuela con Dios o la escuela sin él, su mejor cultor del "dogma de obediencia" por vía patriótica. Clérigos y normalistas se dan la mano para torcer la conciencia de la infancia proletaria—que no cruza otras aulas que algunos grados de las escuelas de primeras letras—a fin de entregar a las clases privilegiadas del capital y la burocracia "ciudadanos" embrutecidos por el fanatismo patriótico.

A esto es a lo que se tiende; pero hemos dicho que ello es el trabajo de Sísifo. Pues si bien es cierto que al abandonar la escuela, los educandos en cuya ascendecia no es una tradición el trabajo fecundo — ni la escuela que deja en él lo encarrila,— del burdel y la camorra harán su campo de acción sin perjuicio de su petulante nacionalismo; en cambio, a los hijos de obreros, que son la mayoría, el taller los espera para uncirlos al yugo de un trabajo envilecido por las propias leyes de su Patria, y la adusta realidad le indica que ha de envilecerse a su vez o levantar su espíritu en contra de todo el simbolismo hueco de su nacionalismo escolar.

Las corrientes espirituales del proletariado, si no bien definidas aún en el sentido de clase, son ya suficientemente poderosas para que se logre desviarla de este rumbo, por medio tan efímero como el idealismo nacionalista, cuando otros idealismos más arraigados que ese por un cultivo secular, llevan camino de ser aventados.

El "dogma de obediencia" tiene más cabezas que la hidra de Lerna, no podemos saber cuándo quedará decapitado ni si esto se logrará algún día, pero deseamos ardientemente que la que corresponde al nacionalismo, quede ahogada en la sangre con que él en estos momentos está anegando a Europa.

Creemos que en esta obra que, según el señor Lugones "constituye la esperanza del país," infunde el maestro argentino su propio espíritu con sinceridad; pero no debe desconocerse que es una sinceridad hija de la inconsciencia en que vive de su personalidad individual y colectiva, y no nos referimos a esa personalidad vaga, demasiado desarrollada en él, por desgracia, que arraiga en el vanidoso prejuicio de considerarse un apóstol de la educación, un cruzado de la cultura, que de nuestro punto de vista, se reduce a ser un simple instrumento del Estado burocrático para servir sus intereses de clase, de las que el mismo maestro es su primera víctima; nos referimos a esa personalidad que surge del conocimiento exacto de la sociedad en que actúa y de su colocación en ella,de los intereses que sirve y para qué los sirve; saber develar lo que encubren las palabras Patria y Sociedad, y discernir luego serenamente ante el cúmulo de problemas nuevos para él que aletearán sus sienes pidiéndole que defina su situación como educador y como asalariado. Cuando todos esos elementos de juicio pesen en su conciencia y determinen sus acciones, estamos seguros de que el "sentimiento nacional y la cultura" se presentarán a la inteligencia del profesorado bajo un aspecto bien diferente del fatuo simbolismo con que hoy se ostentan.

Para terminar y arriesgando el peligro de herir las suseeptibilidades aristocráticas del señor Lugones, vamos a transcribir lo que respecto a esta cuestión resolvió el Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina efectuado recientemente, que tiene la virtud, de sintetizar lo que el proletariado organizado argentino piensa y espera del profesorado normalista. Dice así la respectiva Orden del día:

"Reconociendo:

"Que la educación y la enseñanza es un problema de fundamental importancia que debe preocupar a todos los trabajadores;

"Que el Estado la supedita a un fin de dominación política con lo cual se tergiversan los fines de la educación y se contrarrestan los propósitos emancipadores de la organización sindical;

"Que su supeditación a un propósito de dominación política y económica, además de constituir una violencia contra los hijos de los proletarios enseñándoles a traicionar su propia clase, constituye una atentado a la dignidad e independencia de los maestros, a quienes se pretende hacer servir como intsrumentos de la clase capitalista;

"Que dada la imposibilidad momentánea de constituir escuelas libres y la conveniencia de elevar y dignificar la situación del maestro;

"El IX Congreso de la F. O. R. A., acuerda: Propiciar la constitución de un Sindicato de maestros que al propender al mejoramiento de las condiciones de sus asociados conquiste—como todos los sindicatos que aspiran al dominio de las industrias—la dirección de la enseñanza con la completa exclusión del Estado, que hoy la monopoliza y la usa como un instrumento de dominación".

No se nos escapa que para la mayoría del magisterio, atender este reclamo equivaldría a descender de su dignidad y prosopopeya; pero el sentimiento de ese congreso obrero hacia quienes considera en el fondo sus hermanos, ha saltado generosamente por sobre aquella altivez gerárquica que sólo es real en la vanidad y la imaginación.

Sergio SONIA.

CONCEPTO DE LA LUCHA

(Yo, narquista, los que no conocen anarquismo y de él hablan.)

Con motivo de la resolución tomada por el IX Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, con respecto a la autonómica integralidad de las organizaciones del trabajo, los que, diciéndose anarquistas cerraron las puertas de su cerebro a las ideas de estudio y de razonamientos libertario, han mentido tanto y han falseado de manera tan descarada las concepciones reales del Sindicalismo revolucionario, que es preciso que ante los que ignoran lo qué es la tal concepción obrera, la aclaración se haga, despejando de este modo la poca sombra que pudieron tender a su alrededor sus ignorantes detractores.

Y el encargado de esta tarea, bien puede ser un anarquista que consecuente con su ideas de unidad obrera, no callara ni callará jamá su verdad, hija de la experimentación, de la lucha y del estudio.

Yo, que escribí en estas columnas lo que mi pensamiento obrero me dictara, después del congreso de unificación de Almagro, y que más tarde invitaba a los sindicalistas de la C. O. R. A. a que ingresaran en la F. O. R. A., como luego lo hicieron con gran altura; yo que no tuve a menos compartir la amistad que me honra, prodigada por estos valientes revolucionarios tan lapidados por los "idealistas"(?) que pululan por el campo obrero, me creo en el deber de explicar a los anarquistas de buena fe que viven en el error, y a los de mala fe que propagan éste: lo qué es el Sindicalismo, y lo que deben ser los anarquistas obreros para interpretar la realidad de las cosas y en consecuencia obrar.

El Sindicalismo, para el proletariado, representa lo que a la materia la energía vital. El es la acción propia de la clase obrera, desenvuelta en el terreno natural de los homogéneos intereses de clase.

No es el concepto apriorístico y político de una predeterminada organización. El es el derecho jurídico del proletariado disputando a los viejos privilegios burgueses el dominio de la sociedad para los mejores destinos de la vida y del trabajo.

Concepto obrero, no vive sino que de la acción obrera misma y no se presta para las disquisiciones doctrinarias o demagógicas por cuanto él sólo es manifestación de fuerza y de derecho obrero tendiendo hacia la vida.

Expresión de una clase, sólo tiene la alta virtud de no prestarse a las colaboraciones burguesas y proletarias, en la que tan a menudo caen hasta las más avanzadas escuelas del socialismo doctrinario.

El anarquismo no precisa en forma terminante la lucha obrera, por cuanto él, es, más que un concepto de derecho, la expresión teórica de las demagógicas personalidades no obreras, que como dice Engels, "substituyen por el conocimiento científico la fraseología de la gente de letras, y por la emancipación del proletariado, por medio de la transformación económica de la producción, la liberación de proletariado mediante el "amor". (1)

Los "anarquistas" intelectuales que niegan la lucha de clase, por creerla funesta para la "humanidad", lo hacen desde el punto de vista de sus intereses personales, nunca desde el punto de vista materialista de la historia, y menos todavía, del análisis del antagonismo de clases imperante.

Los anarquistas obreros, en su condición de desposeídos deben desechar esas literaturas nauseabundas, al decir de Engels, y propagar el Sindicalismo que es la sintética demostración de los antagonismos de clases, y el medio único para la liberación de los únicos que necesitan libertad económica y social: los trabajadores.

La nefasta cuan pobre y cristiana leyenda que los intelectuales han forjado con respecto al problema obrero, tiene su crítica audaz y demoledora en el Sindicalismo, que con su acción de clase y viviendo la realidad, va despojando de los cerebros obreros todas esas paparruchas critianas, que se refieren al "amor", a la creencia de que los "buenos burgueses", los "pobrecitos" sufren las condiciones de la sociedad lo mismo que los obreros, y a la divulgación de las palabritas de "justicia", "fraternidad", "humanidad" y "razón", que no son sino abstracciones burguesas para mejor explotación y engaño del proletariado.

Los obreros, dice Kropotkine, han de realizar su emancipación por su propios esfuerzos y no han de recurrir para ello a los doctores, abogados y comerciantes, cuyas condiciones económicas están en pugna con la de los trabajadores.

El Sindicalismo no cae en la ingenuidad de Fourier que esperaba que los burgueses fueran a depositar en las puertas de los falansterios sus riquezas, ni menos en la actual confusión de clases que preconizan "políticos" e "intelectuales" en el campo obrero.

No es menester mucha lógica para explicar esto, ya que en la vida real y en la lucha proletaria se hallan sus más elocuentes demostraciones.

El proletariado es el creador de todo; él, todo lo sostiene, y él, también es el único que todo lo puede destruir. En consecuencia, los sindicalistas sustentan una bella filosofía: *La del odio obrero hacia todos los explotadores del proletariado. Los esclavos no pueden amar a los que al cuello le uncen el yugo. ¡El odio es el gran liberador! Los trabajadores no pueden codearse con los zánganos; imitando a las abejas, han de matarlos.*

Los anarquistas son soberbios en cuanto a su admiración y júbilo por la violencia proletaria; la mayor gloria del movimiento anárquico ha sido su violencia y su propaganda obrera y revolucionaria realizada en los felices tiempos idos en el seno de los trabajadores.

(1) Engels—"Religión, Filosofía y Socialismo".

Sorel tiene un libro (2), que es un bello poema constatatorio y de alabanza a esta violencia obrera y anárquica.

La política parlamentaria no es aprobada por el Sindicalismo revolucionario, porque a más de que tiende a la solidificación del Estado, es un principio de colaboración de clases, fatal para los intereses obreros.

Todo lo que han dicho los menguados "comunistas anárquicos" respecto a que los sindicalistas fuesen políticos, es una burda cuan falsa maquinación. Los sindicalistas de la Argentina ni en broma pensaron en el parlamentarismo como lo hicieron algunos anárquicos de figuración.

El estudio constante y la participación activa de todos los anarquistas obreros en las luchas sindicales, enseñarán a éstos la bondad específicamente obrera del Sindicalismo revolucionario.

Los obreros anarquistas deben estudiar y no dejarse influenciar por ninguna escuela, ni por ningún pastor.

El espectáculo desconsolador que han dado muchos de ellos con respecto a las resoluciones del IX Congreso de la F. O. R. A., demuestra que en el campo anarquista el concepto de la realidad no existe, y sólo florece lozana la más crasa ignorancia junto a prejuicios atávicos que los anarquistas debieran arrancar de raíz, no dejar florecer en ellos, por dignidad y por indómita altivez.

Así es como hemos visto que un compañero bastante inteligente, ex redactor de *La Protesta,* confesara, dejándonos estupefactos, que él había escrito que los sindicalistas eran políticos, porque lo había leído en ese diario que cierra sus puertas para los que no tienen el mismo criterio de sus triste redactores.

Anarquistas que acusáis a los sindicalistas de enemigos de la instrucción, instruíos porque muy poco sabéis.

Nunca escribáis lo que no sepáis y no incurriréis en el error de hacer decir a Marx (3) lo que no dijo como lo hiciera este gran Quijote sin hidalguía que se llama Pacheco.

No digáis de este Marx que os e nombrado de que fué un autoritario porque os lo diga Canosa o cualquier otro; leed a Marx y comprendeddedlo y lo mismo haced con ese otro genio y de la revolución, que se llamó Bakounine, e inmitadlo.

Por el anarquismo y por la unidad del proletariado, anarquistas, estudiad y reflexionad antes de lanzar juicios y acusaciones. Os lo dice vuestro amigo y compañero.

Augusto PELLEBRINI.

(2) Sorel—"Considerazione su la Violenza".

(3) *La Protesta*—Véase desde que dejó de ser anarquista.

El Sindicato y no el Parlamento resolverá los problemas obreros

Vuelve a agitarse en el parlamento el problema de los obreros ferroviarios. Los políticos son tenaces y no quieren convencerse que aquél, no debe ser planteado, y menos resuelto, en el congreso, sino en su medio natural, propio, donde ha nacido, donde debe vivir y desenvolverse: en el Sindicato... Su solución está en él, por sus agentes correspondientes, por los obreros, y bajo ninguna consideración debe ser sacado del Sindicato—organismo económico—y ser trasportado al parlamento—organismo político electoral.

La representación indirecta de los políticos debe ser excluída por la acción directa de los obreros. Estos, y sólo éstos son los únicos por sus condiciones de vida los llamados a abocarse y resolver los problemas que su lucha con el capitalismo le plantea continuamente.

No olviden los obreros ferroviarios, que el parlamento es una institución burguesa, por su naturaleza y por sus antecedentes.

Le daré a aquél un significado extensivo, para hacer más clara mi exposición, y le denominaré estado. Este ha sido construído por los comerciantes, en colaboración con los intelectuales; el pueblo no ha sido sino que un figurante en el drama social que aquéllos juegan por él.

Para los comerciantes, el estado es una oficina donde se ventilan y se resuelven sus negocios. Los intelectuales políticos han hecho de aquél una Idea, una abstracción, con la cual se ha desviado al pueblo trabajador de su medio natural — el campo de la producción—y se le ha conducido a las asambleas políticas, a las urnas a votar, diciéndole que con el voto, eligiendo *representantes,* éstos, por sus condiciones intelectuales resolverían sus problemas...

Los intelectuales, son un producto y una consecuencia del medio social capitalista; y en el fondo, dependen de éste. Ellos usufructúan y viven del esfuerzo capitalista, y aunque aparentemente parezcan combatirlo, en la vida real deberán aceptar el carácter capitalista del organismo económico; ellos son impotentes para transformarlo, y más para destruirlo...

Pedirles a los políticos que realicen la transformación social, es como pedirle a la sombra que modifique el cuerpo que la produce.

Los representantes socialistas en el parlamento, pretenden luchar desde las bancas que ocupan, con los capitalistas, que mandan en el campo de la producción, olvidando que éstos son sus colaboradores históricos en la construcción de una institución que utilizan unos y otros, y que no es posible ni razonable aceptar que los políticos la esgriman y la empleen para otros fines que para los que está destinada... Los comerciantes consienten a los políticos en el estado, a condición que no perturben y perjudiquen la marcha de sus negocios, y para usar una frase democrática, diré que ni traben el desarrollo de la riqueza pública!...

Y eso es ya conciencia en la inmensa mayoría de los obreros ferroviarios franceses; pues éstos han experimentado los resultados de los representantes socialistas en el gobierno y han podido ver de visu que aquéllos ninguna influencia han tenido en sus condiciones de trabajo... Por el contrario; los esfuerzos más heroicos y más hermosos de los ferroviarios han sido dificultados por el gobierno francés presidido por el socialista Briand y formando parte del parlamento, una representación socialista bastante numerosa. Es que continúa siendo una evidente realidad, que el gobierno es para mandar y no para hacer revoluciones; es una institución de conservación social y no de transformación social. El revolucionario más ardiente en el gobierno deberá ser un conservador. Los hombres deberán inevitablemente adaptarse al medio mientras no lo cambian. Y esto no se puede realizar desde el gobierno, desde el parlamento por medio de decretos o leyes, sino desde el Sindicato revolucionario, actuando en el mundo del trabajo por medio de la propia acción sindical.

Por eso el Sindicalismo, fruto de la experiencia y de la vida, ha venido a reparar la impotencia y la esterilidad de la acción parlamentaria para realizar en el mundo la emancipación de los trabajadores; y una de sus primeras manifestaciones ha sido desalojar del campo del trabajo la intervención de elementos extraños, como son en el caso actual, la intromisión de los políticos parlamentarios en los problemas de los ferroviarios.

El Sindicalismo empieza por tomar participación directa y personal en la organización y dirección del trabajo, con lo que comienza para los trabajadores una nueva vida de capacitación y de iniciativa en asuntos propios de ellos y que hasta entonces sólo habían sido unos autómatas, unos incoscientes a la disposición de los patrones... Esa participación directa los conducirá inevitablemente a desalojar al patrón, o mejor dicho, a reemplazar las institución patronal por la institución sindical. El Sindicalismo quiere el taller libre, sin patrones, como quiere la sociedad libre, sin estado.

Esto, que es la expresión fiel de la realidad, viene a presentar a los parlamentarios socialistas como realizando una obra contraria y opuesta a la que anhelan llevar a cabo sus representados, los obreros ferroviarios; pues, mientras que éstos reclaman intervenir personalmente por la acción directa en la organización y dirección del trabajo, aquellos—los políticos socialistas—quieren ser ellos y exclusivamente ellos los que de acuerdo con los representantes de los patrones en el congreso, fijen y establezcan las condiciones del trabajo.

Y aquí es oportuno tratar, aunque muy brevemente, uno de los prejuicios obreros inculcados tenazmente por los intelectuales socialistas, y que hace que permanezcan empantanados en el partido socialista muchos obreros que deberían luchar en el Sindicato, con sus camaradas, y no desde el partido político, con miembros que pertenecen a otra clase.

Ese prejuicio consiste en confundir corporación con Sindicato, y atribuirle a éste los propósitos mezquinos y limitados de aquél.

Los partidarios socialistas son quienes han sostenido y sostienen que los obreros deben organizar sus oficios para ocuparse *exclusivamente* de los intereses limitados de la corporación, pero que los intereses generales, amplios!—así los denominan—deben ser representados por el partido político, o más propiamente dicho, por los directores de él.

De modo que los intereses y derechos, diremos *particularistas,* deben ser representados y amparados por la corporación, y los de carácter general, representados y defendidos por el partido político!

Nosotros, los sindicalistas, afirmamos y demostramos que el Sindicato es una institución moderna que ha venido a tomar la dirección *particularista y general* de los trabajadores, conservando a costa de cualquier sacrificio, la representación *total* de la clase obrera. No tiene por qué desprenderse de su fuerza social, bajo forma de fuerza política, y entregarla a los intelectuales de la burguesía.

El Sindicato ha destruído a la corporación egoísta y comercial que tanto acarician los políticos para justificar y dar razón de ser al parlamentarismo, y la ha reemplazado por la institución del Sindicato, libre de todo egoísmo e interés mezquino, pues mientras que la corporación es una organización sobre base burguesa y para extraer utilidades, el Sindicato es una organización de carácter esencialmente obrero y revolucionario, formado para fines elevados y nobles como son la prosecución de la libertad y dignidad de los trabajadores.

El corporatismo hace de la organización de oficios la agencia de negocios y su objetivo es exclusivamente material, como cualquier empresa burguesa que pulula a nuestro alrededor, y produce—esto es lo más grave—la insolidaridad de los grupos obreros, entregándolos así débiles e impotentes a la voracidad de los políticos y capitalistas. Ninguna lucha común los une, ningún vínculo interior los solda, ninguna gran idea general los anima.

Convénzanse los obreros ferroviarios, que los diputados podrán obtener algunas migajas de los capitalistas, pero el *derecho a organizar libremente el trabajo,* no se lo pueden dar aquéllos, sino con la acción continua y enérgica del Sindicato, avanzando a la conquista de aquél, a medida que sus aptitudes y su concepción de la libertad en el trabajo se forma y se afirma.

El problema social, no es como lo conciben los políticos, socorrer por el momento a los trabajadores, hasta que el *fatalismo económico* "les presente la ocasión para decretar la revolución". No, aquél consiste en que los trabajadores capaces y organizados tomen la dirección de la producción y con esto los destinos de la humanidad.

J. A. A.

SOBRE EL BOICOT

A propósito de un caso de actualidad

El IX Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, al tratar el importante punto del boicot, consideró oportuno aconsejar, que siendo el boicot una forma eficaz de lucha contra el capitalismo, cuando las condiciones del Sindicato para determinar directamente el triunfo de los trabajadores son insuficientes, que su adopción, al ser imprescindible, debe ser hecha por el mayor número de representaciones sindicales, como igualmente en cuanto a su levantamiento.

Es claro que para que el mayor número de representaciones sindicales intervengan en resoluciones de esta índole, deben tener la facultad de las organizaciones que representan, pues, de acuerdo con la orden del día votada por el Congreso, que define con toda claridad el punto,

tratándose de una medida que obliga a la solidaridad general, es decir, de todos los trabajadores, son éstos los que en su aplicación como por su levantamiento deben intervenir. Así, por lo menos, la voluntad general de los trabajadores tiene su exteriorización, de lo que resulta, además de la importancia moral que entraña, una más intensa sanción práctica.

Esta resolución del Congreso, responde, naturalmente, a poner fin a toda una escandalosa aplicación que han tenido lugar varios boicots en el país, cuyo objeto en muchas ocasiones ha sido con verdaderos fines personales perseguidos por no pocos inescrupulosos personajes nefastos para el movimiento obrero.

Ahora bien; a propósito del boicot a la Quilmes, sucede algo que es realmente inexplicable.

A raíz de la condena, a dos años de prisión, del compañero Valentín Piñeiro, acusado cuando la huelga que luego fracasó en la cervecería de esa localidad, y la amenaza de condena a varios años de prisión al compañero Juan Félix López, por haber pronunciado un discurso reputado por las autoridades, de subversivo, la Federación Obrera Local Bonaerense, a solicitud del interesado, intervino en el sentido de obtener su libertad, para cuyo efecto opuso a la compañía de Quilmes como condición del levantamiento del boicot, la libertad de los detenidos, la readmisión de siete conductores de carros despedidos en 1910, y la reposición en su puesto de todos los obreros que ocupaba anteriormente a la huelga, conforme se iniciaran los trabajos en la próxima temporada de Verano.

Es del dominio público que como resultado de estas gestiones, los compañeros Valentín Piñeiro y Juan Félix López obtuvieron su libertad, como asimismo la aceptación por parte de la gerencia, de los siete conductores despedidos en 1910, además del compromiso formal contraído por la misma de readmitir en su puesto en la próxima temporada al antiguo personal.

A última hora, en virtud de no sabemos qué propósitos, el diario *La Protesta* anuncia que en una reunión de *delegados* de una cuantas sociedades de oficios varios de dudosa existencia, y algunos grupos de personas que dicen constituir sociedades obreras, arrogándose la representación de la F. O. R. A. a la cual agregan el risible apéndice, "del V Congreso"..., se acordó que la solución del boicot corresponde por entero a ellos, para cuyo objeto pasaron a la gerencia de la Quilmes un nuevo pliego de condiciones...

El Consejo de la F. O. R. A., que como es sabido fué designado en el último Congreso, ha hecho público que él no ha tomado ninguna resolución al repecto, desmitiendo de paso la publicación que se ha hecho con el nombre de F. O. R. A., la que es representada única y exclusivamente por el Consejo designado en el IX Congreso, y constituída por más de cincuenta sindicatos que hasta la fecha se han pronunciado de acuerdo con las resoluciones del Congreso aludio.

Además, cumpliendo con las reglas establecidas por una práctica honesta en toda organización seria, ha sometido a consideración de los sindicatos federados los resultados a que arribaron las gestiones de la F. O. L. B., iniciadas meses antes del IX Congreso de la F. O. R. A.

En esta forma, el Consejo Federal ajusta sus acuerdos a la resolución recaída sobre los boicots en el Congreso de la F. O. R. A., dejando al criterio de los obreros sindicados la medida que hay que adoptar sobre el caso particular del boicot a la Quilmes.

Hemos hecho esta breve exposición, para poner en su verdadero lugar el asunto, sin preocuparnos, por cierto, de las acusaciones calumniosas que personas sin ninguna responsabilidad en el movimiento obrero, y exentos de toda delicadeza y probidad, han lanzado canallescamente contra compañeros cuya honradez y entereza constituye su mayor gloria en su vida.

Por lo demás, a enemigos semejantes, sin ninguna clase de pudor y que no trepidan en recurrir a las más bajas actitudes, por innobles que ellas sean, para desprestigiar a quienes quieren librar al movimiento obrero de todas las lacras de que está contaminado, no se les puede hacer caso ni tomarlos en cuenta para contestar a sus calumnias.

No es posible combatir la mala fe. Ella labrará tarde o temprano la ruina de quienes la sustentan. Y es un hecho innegable, que esto se va produciendo para bien de la misma organización de los trabajadores cada día más capaz y menos sometida a los caudillos que las han tenido como juguete de sus ambiciones personales.

Fragmentos de una carta

Los fragmentos que publicamos a continuación pertenecen a una carta que un camarada intelectual dirige, a propósito de lo que en estos momentos ocurre en el movimiento obrero del país, a un miembro de la comisión administrativa de esta hoja.

Lo hacemos sin autorización de su autor, impulsados tan sólo por el deseo de insertar en nuestras columnas el acertado juicio que le merece al apreciado camarada, las anomalías que ofrece el movimiento obrero, víctima del charlatanismo de los sacerdotes que pontifican desde las columnas de un diario convertido en aráculo de una nueva religión que intenta dogmatizar la mente de los trabajadores.

Aun cuando esta carta el autor no la escribió con el propósito de verla publicada, creemos que este hecho le permitirá ampliar — con un nuevo escrito—el interesante juicio que expresa. El asunto es de indiscutible importancia y da margen a una larga e ilustrada exposición.

Por otro lado, pedimos anticipadas disculpas al amigo querido, si con la publicidad de estos fragmentos cometemos una indiscreción.

Querido .....
.....

La obra sindicalista y de los anarquistas que tienen sentimiento proletario, ha hecho que la fusión tan anhelada y perseguida se realizara en gran parte. Es evidente que la oposición a esta sana y fecunda obra no deja de hacerse. Como siempre, es la obra de los políticos o de los otros dirigentes rojos; gente que tiene el propósito de llevarse a las organizaciones para su campo, es decir, para prestigiar su política o su secta... Se trata, en su mayor parte, de gente extraña al movimiento obrero; y la que no es extraña, es gente obrera que aún no ha alcanzado a comprender su rol en el movimiento, gente que no puede ni sabe caminar sola, que no se concibe sin los diputados o sin los pastores literarios que la dirijan.

Hay muchos que viven de la pluma en el campo anárquico y socialista... Y no sólo que viven de la pluma, sino que se han erigido en directores y pensadores del movimiento obrero. Por mucho tiempo esa función aún la quieren seguir realizando.

La poca capacidad de los obreros que aún no habían dado sus pasos en el terreno de la lucha sindical, hizo que cualquier escritor de esos, con unas cuantas páginas más o menos bien escritas y llenas de sentimentalismos, pudiera erigirse en un personaje, en un director espiritual. Unos, fueron escritores de circunstancias, *se hicieron la mano*—como vulgarmente se dice—y luego, que llegaron a hacerse competentes en el arte de escribir, volaron al otro campo, a ganarse el puchero sirviendo a políticos y patrones. Buscaron una posición más cómoda o más remunerada.

Esos ya no estorban tan directamente a los trabajadores en su obra de organización autónoma. Pero los que todavía no han encontrado ubicación y se han quedado realizando la función de literatos revolucionarios, yo creo que constituyen un obstáculo nada despreciable para la organización autónoma de los obreros. Y hay una larga experiencia. Y es realmente necesario un espíritu obrero para batir a ese elemento y desalojarlo.

La literatura obrera sana no puede ser obra de esa gente por más que quieran inspirarse en la vida de los trabajadores. Hay que sentir la miseria, hay que vivir la vida del trabajo para tener la impresión exacta de lo que pasa y para tener impulsos para la acción.

Muchos de esos escritores han hecho buenas páginas sobre el trabajo en la sociedad capitalista; han sabido realmente estigmatizar la explotación y la miseria de que es víctima el trabajador. Pero, si la obra de esa gente se hubiera concretado a eso, aun cuando nadie mejor que el mismo que sufre puede expresar su sufrimiento, cuando es capaz de hacerlo en el campo literario, hubiera sido siempre útil. y simpática. Pero no han sabido ni querido concretarse a esa función. Poco a poco, se han ido saliendo de ese radio de acción, y se han erigido en consejeros primero, y en directores después, de los trabajadores. Con una inmodestia estúpida se han clasificado como la mente de la revolución. En realidad, han embrollado a muchos cerebros obreros, a muchos trabajadores que en vez de desarrollar su acción como productores se han concretado a abrir la boca, escuchar a esos nuevos sacerdotes del *ideal*, a aplaudirlos, y a decir amén a todo lo que salía de los labios y de la pluma de esos nuevos videntes.

Comprendo cómo será dura y penosa esa obra. Es lo mismo que tocarle al católico o a cualquiera otro religioso, no sólo los santos, sino también los sacerdotes. No hay lucha tan penosa y tan dura como esa. La acción de la palabra y de la pluma no es suficiente, ni es fundamental. La polémica es de muy poca eficacia. La acción sindical, con todas su enseñanzas, es la mejor escoba para barrer a esa gente inútil y peligrosa.

¡Pensar con cabeza propia! Efectivamente, es lo más sano y fecundo. Pero para pensar con cabeza propia hay que accionar con los medios propios; inspirarse en su propia condición y no en las páginas más o menos sentimentales de esos escritores. Hacer que los obreros adquieran confianza en sus propios esfuerzos y en su propia obra, no sólo se desvincularán de la gente extraña, anulará su influencia, sino que también creará su propia literatura... Y los obreros mismos serán los escritores de su vida y de su acción, los mejores críticos de la sociedad burguesa y los más eficaces propagandistas de la causa de la revolución obrera.

.....

Cada día me afirmo más en esa manera de pensar. Desde lejos observo vuestra obra y me alegra cada triunfo vuestro, por más pequeño que sea: Y ojalá, que la obra sindicalista en este país sea tan intensa y tan coherente capaz de llegar a infundir pavor al capitalismo...

.....

Oscar PETRARCA.

PARA UNA PAGINA DE GLORIAS ANARQUISTAS

La F. O. R. A. y las leyes represivas

El partido socialista ha realizado en estos últimos tiempos, con el fin de impresionar a los poderes públicos y decidirlos a tratar los proyectos presentados por su representación parlamentaria, una campaña de carácter popular reclamando la derogación de la ley de residencia y de defensa social.

Después que éste extendió su agitación a todo el país, y haberla realizado dentro de un marcado carácter partidista, cuyo fin político no hemos de discutir,—consideró que un acto público de mayor trascendencia, y que sintetizara en todo su sentir los anhelos proletarios, debía realizarse con el concurso de la Federación Obrera Regional Argentina, representante genuina de la clase trabajadora del país.

En virtud de tales motivos, dirigió una invitación al Consejo Federal del organismo proletario para que se hiciera representar en el mitin público que en el día 25 de junio tenía lugar en nombre del partido mencionado.

El Consejo Federal, después de estudiar el alcance de la invitación, la libertad de exposición que tendrían sus oradores para expresar el criterio de las organizaciones revolucionarias que constituyen la fuerza de la F. O. R. A., la absoluta prescindencia de todo aspecto partidista del acto, el carácter de simple protesta o exteriorización de sentimientos; considerando que una posible adhesión no podía constituir una transgresión de los principios revolucionarios de la organización federativa, tanto más cuanto que la naturaleza del acto era esencialmente extraparlamentario; y teniendo en cuenta, además, que el hecho no sería único en la historia de las agitaciones proletarias del mundo entero, y de la propia F. O. R. A., concluyó por aceptar la invitación, designando al efecto a los camaradas Sebastián Marotta y Bautista V. Mansilla para que en nombre del organismo federativo hicieran uso de la palabra en el mitin del partido socialista, llevando, además de la representación de la organización, el criterio de la misma.

Dentro de la sencillez de los acuerdos y la sinceridad de sus propósitos, en perfecta concordancia con las aspiraciones de los trabajadores federados que en más de una ocasión manifestaron sus deseos de agitarse contra las leyes reaccionarias que han tendido a dificultar el libre desenvolvimiento de su acción, nadie hubiera sospechado en las ulterioridades que este paso habría tenido.

Pero, he aquí todo lo contrario.

Los mismos que hasta ayer, y hoy y mañana posiblemente, han vivido viven y vivirán en con-

tubernio con personas, grupos etc., de la más baja ralea; los que no han tenido inconveniente en codearse con ministros, jefes de policía, presidente del departamento nacional del trabajo, para solucionar sus conflictos con los patrones; los mismos que han pasado como sobre ascuas, o aplaudido con su silencio, la intervención descarada, en conflictos obreros, de políticos, hasta ayer miembros de la policía (recuérdese el caso Viale), en vísperas, para mayor gloria, de elecciones a diputados; los que han servido, en una forma u otra, sea con esta o aquella excusa, de instrumentos o caudillos a los más repugnantes grupos reaccionarios y clericales de políticos; los que no hace mucho tiempo, apenas tres años, formaban parte, conjuntamente con los socialistas, con los liberales y masones en un comité estable (muy distinto al caso actual que concurría la F. O. R. A. como un hecho circunstancial y sin ninguna clase de compromisos ulteriores), con el fin, dijeron, de combatir las leyes represivas, en contra del criterio de los sindicalistas que rechazaron de plano esa clase de compromisos con el partido; los mismos que, para sacar un diario que nunca apareció—*Alberdi*—cuya propaganda estaba preestablecido y lo reflejaba el propio título que habían adoptado, sería esencialmente democrática, y fueron a solicitar garantías a los jueces, pidiendo su amparo para la publicación de esa hoja..., los mismos, que apenas hace pocos días, acudían a una invitación para formar un comité pro paz, codeándose en él con los representantes de los centros socialistas y otros grupos que bien lejos están de tener la menor vinculación con el movimiento obrero; esos mismos, decimos, cuya vida nos resulta un misterio, han lanzado a los cuatro vientos,—a raíz de la intervención de la F.O. R. A. en el mitin del partido socialista para llevar su pensamiento y expresar cuáles son sus medios específicos para combatir las leyes draconianas,— la más baja calumnia y vomitado toda la inmunda baba que en sus labios de reptiles podía esconderse.

Desde las columnas de *La Protesta*—púlpito desde el cual pontifican los sacerdotes que bien estarían en las más sectarias de las fracciones clericales—se lanzaron todos los improperios que un lenguaje soez y plagado del más puro jesuitismo puede sustentarse en personas cuyo fin, si no responden a propósitos misteriosos, verdaderamente impenetrables, están en concordancia con los procedimientos adoptados por todos los fanáticos de las más burdas religiones.

Después de desconocer a la F. O. R. A., a quien niegan personería, azuzaron a los feligreses, a los pocos que responden a este nuevo fanatismo, para que acudieran al mitin a hostilizar a los oradores de la F. O. R. A., los cuales, por la consigna que llevaban los enviados no debían hacer uso de la palabra en el mitin.

Afortunadamente, para la gloria de los sacerdotes, el rebaño se condujo admirablemente, cumpliendo a la medida de su mentalidad con las órdenes recibidas. La dictadura del chusmaje se enseñoreó triunfante llevando una lamentable confusión al numeroso público allí reunido.

Después de la calumnia y la mentira esgrimida con todo descaro con el objeto de difamar a sus adversarios, poniendo un velo de olvido a su propio pasado obscuro y contradictorio, en nombre de la *libertad de pensamiento* con que siempre se llenan la boca y aturden con sus griterías de libertad el oído de los otros, impusieron su dominio, gracias a la complacencia de la numerosa asamblea que sorprendida sólo atinó a increparle con sus gritos la ridícula actitud que habían adoptado.

Fué esa jornada para ese anarquismo *sui generis*, jornada de gloria, de triunfos colosales que les dió tema para cantar la palinodia durante varios días. Es una nueva gloria que pueden agregar a las muchas de este género conquistadas por la rudimentaria mentalidad de los pastores y rebaño barnizados de anarquistas.

LA GUERRA Y EL SINDICALISMO

La guerra europea, encierra para la clase trabajadora, enseñanzas fecundas que debería aprovechar en su lucha presente y futura con la clase patronal y el estado .

Todos los sindicalistas reconocemos, que el movimiento obrero en las naciones en lucha no había alcanzado la competencia y la fuerza necesarias para dificultar la guerra que declararon los gobiernos capitalistas en procura de mercados y de clientelas...

La clase trabajadora revolucionaria de Francia, que es la más avanzada en la ruta del Sindicalismo, y que ha experimentado el imperio, la república, el parlamentarismo — con todos sus variados sistemas electorales—ha podido constatar que el estado y la ley—cualquiera que sean su naturaleza—son impotentes para ayudarla en su capacitación revolucionaria, en sus propósitos de emancipación. Ella que ha experimentado la democracia, ha podido constatar que sólo ha servido para corromper el movimiento y hacerle perder su ruta revolucionaria.

La lucha de clases, que tiene por fundamento principal el movimiento sindical, al contacto con la democracia, se había desnaturalizado. Y de las acciones iniciales, claras y viriles entabladas por los obreros contra la institución patronal y estatal, al penetrar disimuladamente en sus filas elementos de otras clases, como ser: propietarios, intelectuales, militaristas, etc., degeneraron en luchas de pobres y ricos, de oprimidos y opresores, de desgraciados y felices, lo que contribuyó a imposibilitar la lucha de clases, y que los obreros más capaces y más enérgicos se fueran apartando paulatinamente de la democracia y de los partidos políticos, que es donde se manifestó, para volver a plantear otra vez la verdadera lucha entre patrones y obreros, con más experiencia y más capacidad.

Los obreros, esta vez, organizándose en sindicatos de oficios se reservaron la facultad de dirigirse ellos mismos, exclusivamente ellos mismos; quiero decir, con exclusión de miembros de las otras clases o categorías sociales.

Ese movimiento, exclusivamente obrero, por los elementos que lo constituían y por los problemas únicamente obreros que le preocuban y absorvían todas sus meditaciones, tomó la designación de Sindicalismo.

Francia, donde venimos estudiando el movimiento revolucionario, llegó a organizar los oficios, a federar a éstos, acto que se le conoció por la Confederación General del Trabajo. Esta institución, tuvo que vencer enormes obstáculos de todo género, opuestos por los patrones y por el estado, que empleó en un principio la fuerza y el terror en contra de ella, hasta que viendo que el movimiento no se detenía, se la quiso hacer víctima de la corrupción de sus secretarios sindicales, comprándolos con puestos en la administración, bien remunerados. Algunos cayeron, pero otros, los más, redoblaron su actividad y energías y consiguieron mantener en jaque al estado y a los capitalistas.

En estas condiciones, en que la democracia se desautorizaba cada día más, y el movimiento sindical se organizaba y capacitaba, estalló de sorpresa la guerra, no permitiendo que la clase obrera de Francia pudiera ponerse en relación con la de Alemania, Austria, Rusia, Italia, Inglaterra, que son las naciones envueltas en la conflagración europea. El telégrafo, el correo, fueron intervenidos por los gobiernos; las fronteras cerradas, todo medio de comunicación interrumpido, que a la clase obrera de Francia, que quedó aislada a tal punto hasta dentro mismo de su país, no le fué posible comunicarse con los sindicatos de los departamentos. En esas condiciones de aislamiento absoluto, los alemanes, con sorpresa de todos cruzaron Bélgica y llegaron en pocos días a una jornada de París. No había tiempo que perder. El gobierno francés movilizaba rápidamente sus tropas y llamaba a todos los grupos sociales, ofreciéndoles en el gobierno representación para demostrarles que no hacía... política con la guerra, que no era un ardid de gobernante para batir más ventajosamente al movimiento obrero, sino que era necesario defenderse de un ataque de sorpresa y audaz que realizaba Alemania.

Había que luchar o someterse. Situación difícil y compleja; pues, el movimiento obrero revolucionario se encontraba delante de este fatal e inevitable dilema: si proclamaba la huelga general, caía bajo el poder militarista alemán, y si luchaba contra las tropas del káiser, servía los intereses y privilegios de la burguesía francesa. No podía continuar la lucha de clases,—como movimiento inteligente, realista,—y dándose cuenta de la situación que le creaban los acontecimientos, resolvió supender su movimiento revolucionario optando por defender la burguesía francesa, contra el militarismo alemán, porque triunfando, con ésta, se encontraba en condiciones más ventajosas para proseguir la lucha de clases, que si hubiera tenido que luchar contra el militarismo alemán, triunfante y ensoberbecido en París.

No es como para describir, sin duda, con la pluma, la situación de ánimo de los sindicalistas revolucionarios que súbitamente salían de sus sindicatos, donde no vivían sino para sus ideales, y con la noche en el alma, entraban a los cuarteles, prisiones malditas desde donde se les había fusilado cuando lanzados a la huelga reclamaban virilmente a los patrones y al estado más libertad, más dignidad. Ahora debían sacarse la blusa del obrero para colocarse la chaquetilla del soldado.

Sindicalistas, burgueses, intelectuales, políticos, militaristas, todos juntos y *unidos* debían luchar contra el militarismo invasor... aunque los ideales que alimentaban en su alma no eran idénticos. Mientras los burgueses luchaban por la patria, los obreros sindicalistas, conservaban íntegros sus propósitos de emancipación, esperando los momentos propicios para renovar la lucha de clases contra la institución patronal y estatal.

Pienso que la actitud de los sindicalistas franceses, es juiciosa y práctica, y revela que es un movimiento reflexivo y no apasionado, ideológico, abstracto, lo que lo hubiera conducido atolondradamente, sin plan, sin fuerza, a movimientos tumultuarios desordenados, que sólo hubiera servido al triunfo del militarismo. Fué necesario ver rápidamente y con acierto, en aquella situación precipitada, nebulosa, sin datos, sin comunicaciones con los sindicatos de Alemania y Austria, etc., etc. La proclamación de la huelga general en aquellos momentos hubiera sido una demostración de incapacidad e incomprensión de la situación inesperada y súbita en que se encontró Francia en presencia del invasor. Puede decirse que casi no hubo materialmente tiempo para reunirse y deliberar.

El movimiento sindical, para asumir otra actitud, debía vencer primero a la burguesía francesa y después al ejército del káiser, lo que era materialmente imposible; y haberlo intentado—hubiera sido un funestísimo error.

Explicada la presencia, en el ejército, de los sindicalistas franceses, pasemos a demostrar la superioridad de la concepción de la vida social de aquéllos sobre la que tienen los miembros de las clases dominantes, políticos, intelectuales, militaristas, capitalistas, que militan también en el ejército. Estos resumen toda su concepción social en la defensa de la patria, sin comprender que es la misma que se hacen los alemanes. Unos y otros, miembros de la burguesía alemana y francesa, ignoran que la guerra que los primeros hacen a los segundos, es buscando expansión a sus industrias; buscando mercados y mayores clientes para colocar sus mercancías.

Las dos naciones, Alemania y Francia, como ignorando la vida económica que hacen y que es la causa que las precipita a la guerra, tratan de explicarse por razones ideológicas, abstractas y falsas, recurriendo a argumentos teóricos de guerras defensivas u ofensivas.

Se dice que Alemania es la atacante, sin considerar que si esto ha hecho ha sido porque en los momentos actuales se consideraba más fuerte que Francia. Esta hubiera sido la atacante, si a su vez, hubiera estado segura del éxito. Los pueblos y gobiernos alemanes y franceses, ignoran porqué hacen la guerra, y no llegan a comprender que unos y otros han sido arrastrados por razones económicas. Los intelectuales que se caracterizan por una incomprensión absoluta de la vida de la producción, tratan de enseñar... a los gobiernos y pueblos que las causas de la guerra están en la raza, en la federación de los pueblos de Europa... en la misión de la Alemania para dirigir los destinos de la humanidad... y otras pamplinas y estupideces semejantes, con lo que esos sabios de la burguesía embrollan y confunden todo.

Mientras los pueblos democráticos, con sus directores políticos e intelectuales ignoran por qué hacen la guerra, el pueblo sindicalista, obligado a participar en ella, arrastrado por los acontecimientos que no ha podido evitar, se da cuenta exacta de las verdaderas causas de la guerra, y espera otras circunstancias favorables para hacerla innecesaria en el porvenir. Antes de la guerra, el pueblo sindicalista, anunció la posibilidad de que se produjera, y demostró en

folletos, libros, conferencias, etc., las causas económicas que la producirían. Analizó también el nacionalismo, el patriotismo, consecuencias ideológicas de la manera de ser social, y por eso propagó con tanta virilidad su antimilitarismo y antipatriotismo, enseñando a la clase obrera que mientras no cambiara el régimen económico capitalista, la guerras, la crisis y las miserias, amenazarían a los pueblos.

Un SINDICALISTA.

FEDERACIÓN OBRERA REGIONAL ARGENTINA

Los sindicatos obreros, que cuando existen de verdad proceden con una alta inspiración, no podían ser víctimas del aturdimiento de los toques destemplados y chillones con que todas las mañanas intentó hacerlo *La Protesta* durante el tiempo transcurrido desde la celebración del IX Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina hasta la fecha.

No obstante la estentórea gritería de las cigarras que todos los días nos han venido repitiendo la misma *canción*: "Por el comunismo anárquico y la Federación"..., después de lo cual se consideraron estúpidamente triunfantes, y creyeron haber hecho añicos los acuerdos del IX Congreso y pulverizado a los herejes sindicalistas y anarquistas que los sancionaron; no obstante la ridícula pretensión de haber deshecho una obra que no ha sido sino que la consecuencia de la madurez de la conciencia proletaria y de un mayor desarrollo de la capacidad de la misma; la voluntad de los trabajadores, que obra por inspiración propia y es guiada por la inteligencia de su instinto, se va manifestando en forma clara y terminante que no deja lugar a dudas respecto al grado de superioridad a que ha alcanzado, lo que le permite desentenderse o no hacer caso a los que pontificando hasta ayer pretenden ser todavía los sacerdotes en el movimiento obrero.

Contra los sermones de los sacerdotes del ideal lanzados para excomulgar a los anarquistas que intervinieron en las resoluciones del IX Congreso de la F. O. R. A. y para pedir para los sindicalistas la condenación de los siglos por su espíritu diabólico, las organizaciones obreras, que son en fin de cuentas las que tienen que ver en el asunto, y las que han inspirado esos acuerdos, precisamente porque se consideran alguna cosa, declaran con toda la libertad de su espíritu cuál es su pensamiento sobre el particular.

Y la mejor comprobación de ello es la nómina de los sindicatos, federaciones de oficio y locales que se han pronunciado aprobando los acuerdos del IX Congreso.

El número es realmente sugestivo. Pues él desmiente en forma categórica aquello que sirvió de estribillo a los sacerdotes y que los feligreses repetían con admirable unanimidad; esto es, que la mayoría que votó en el Congreso la exclusión del rótulo comunista anárquico, era fraudulenta y no representaba la voluntad de las organizaciones del país, cuya totalidad, decían, está por el tablero...

Y bien; en el Congreso votaron la exclusión de la fórmula anarquista 46 organizaciones contra 14. Se han pronunciado hasta la fecha, las siguientes organizaciones, que constittuyen en la hora actual, la F. O. R. A.:

Sindicatos adheridos a la Federación O. R. A.

Capital—Ebanistas y Anexos, Caldereros íd., Foguistas Unidos, Herreros de Obra y Anexos, Escultores en Madera, Escultores y Moldeadores, Federación Obrera Ferrocarrilera, Obreros Zapateros, Unión Tapiceros, Cortadores de Calzado, Unión General de Picapedreros y Graniteros, y Unión Chauffeurs.

Rosario—Federación Obrera Local, Herreros de Obra, Obreros Ebanistas, Obreros del Puerto, Federación Obrera Ferrocarrilera.

La Plata—Federación Obrera Local, Obreros Zapateros, Carpinteros y Anexos, Obreros Panaderos, Obreros Metalúrgicos, Cámara Sindical de Cocineros y Pasteleros, Sindicato de Mozos.

Tandil—Unión Obrera de las Canteras.

Cerro Sotuyo—Unión General de Picapedreros y Graniteros.

Chascomús—Obreros Panaderos.

Villa Quilino (Córdoba)—Unión de Trabajadores de las Canteras.

Río Gallego—Federación Obrera.

Deán Fúnes—Unión de Trabajadores de las Canteras.

Caballito—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Haedo—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Alianza (Santos Lugares)—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Tolosa—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Santa Fe—Federación Obrera Ferrocarrilera.

La Bajada—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Tucumán—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Trenque Láuquen—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Tatí Viejo—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Cañada de Gómez—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Las Flores—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Maldonado—Federación Obrera Ferrocarrilera

Cruz del Eje—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Villa Constitución—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Maipú—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Villa María—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Córdoba—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Lincoln—Federación Obrera Ferrocarrilera.

General Güemes—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Olavarría—Federación Obrera Ferrocarrilera.

General Pico—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Bragado—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Ameghino—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Ayacucho—Federación Obrera Ferrocarrilera.

Federaciones Nacionales de Oficio: Federación de Trabajadores en Madera y Federación Obrera Ferrocarrilera.

El polvo, el hacha, la piedra, etc.

—¡Ay, Comunardo, enemigo! Estoy admirado de que aún esté levantado y andando, ¡y andando perfectamente! Pero sé que estoy hecho polvo, miserable polvo. Lo leo todos los días. Por obra de ustedes, Comunardo.

—¡Ah! vos sos del Noveno; no se puede negar al ver la estela de ceniza que vas dejando. ¿Quién te dijo: "Levántate y anda", muerto y podrido como indudablemente estás?

—Los muertos que vos matás, gozan de buena salud.

—No importa, vos tenés que estar siempre así, pulverizado. De un polvo surgiste a polvo tornarás.

—Sospecho que si llueve, van a hacer más barro que yeguas de horno ladrillero. ¿Con qué consiguen hacer tan polvorienta obra?

—Con nuestro estilo, querido.

—Casi lo suponía ¡Qué plumas!

—¡Qué infeliz! ¿Quién dijo que escribimos con pluma?

—¿Ah... no?

—Tampoco con el a...no.

—Entonces, ¿con lápiz o con qué?

—¡Con hacha! ¡Con hacha y tiza! Es decir, con hacha y otros bártulos.

—¡Macanas!...

—También con macanas.

—Así me explico esa obra *bárbara* que están haciendo. Esa adjetivación estupenda...

—Precisamente, ahora voy por unos adjetivos nuevos; éstos que actualmente usamos ya están mochos, y muchas ideas ya no resultan "machas".

—Espera, que te acompaño.

—Macanudo; así me ayudás a subir a una chata todos los elementos del estilo.

—De poco te serviré; ya sabés que yo soy polvo... ¿Son de mucho peso esos elementos de tu estilo?

—¡Rediós! Manyá: un hacha, un cuchillo con filo, contrafilo y punta, una piedra de cuatro toneladas lo menos, después un ventarrón, y otras cosas así...

—¿La piedra es para afilar el cuchillo?

—No, hombre; para esculpir afirmaciones revolucionarias.

—¿Y el cuchillo ése?

—Para sacarle punta a las ideas.

—Me voy enterando de los detalles. Pero me haría...

—Si te meás, siendo polvo, te harás barro.

—No; quiero decir, que sería feliz si me explicaras por el camino el funcionamiento de todo el conjunto de esos instrumentos pulverizantes.

—Es muy sencillo. Agarrás la piedra y en vez de colgártela al pescuezo y echarte al agua, la ponés en otro sitio cualquiera, ponés a un lado el cuchillo, esparcís una punta de adjetivos y exclamaciones como ¡no! ¡sí!, empuñás con una mano la macana y con la otra el hacha filosa. Ya está. No hay más que esperar que venga el ventarrón; y en cuanto venga ¡zas¡ ¡tras!

—¿Le metés hacha a la piedra?

—No hombre. ¡Al viento!

—¿Y la macana?

—La macana se va sola.

—¿Para dónde?

—Por ahí, pulverizándolos a ustedes los del Noveno.

—Salú, Comunardo. Siento ya la acción embrutecedora de toda esa máquina genial.

—Me lo esperaba. Así tenemos ya embrutecidos a casi todos los del Quinto.

CHUMINGO.

El Socialismo imperialista alemán

(*Véase el número anterior*)

Causa aún mayor sorpresa que el *Leipziger Volkszeitung* pueda burlarse de lo que llama "la manía del desarme fraternal y otras panaceas de este género," cuya defensa reprocha a Jaurés. Hallamos natural que Kautsky, en la *Neue Zeit*, haya afirmado que el sistema de las milicias, preconizado por los socialistas, no significa desarme, y ni su naturaleza podrá suprimir la rivalidad de los armamentos a ultranza. De esto dedúcese tristemente que las fábricas de cañones no perderán nada con la democratización del ejército. No podemos reprochar a Kautsky esta conclusión, desde que ella es una previsión de hechos; y es forzoso resignarnos, pues es imposible no desear que los ejércitos democráticos del porvenir, en lucha con los restos de los ejércitos del absolutismo, no posean el mejor y más abundante material de guerra. Pero lo que sorprende y subleva, es que haya socialistas que puedan no considerar la propaganda de los pacifistas paralela a la de ellos; y no se explica por qué el partido socialista alemán envíe delegado a la Oficina Internacional de Bruselas, si, por sus diarios oficiales o por publicistas de la autoridad de Karl Leuthner, realiza una propaganda precisamente inversa.

Ese socialismo, es puro *unionismo* inglés, y por lo demás, es sobre la doctrina de Joe Chamberlain y sobre el imperio inglés que él se modela. Ha sostenido la solidaridad de las clases laboriosas con el capitalismo, con el colonialismo. Llega a decir que ellas son solidarias de la diplomacia y del militarismo. Karl Leuthner hace el elogio, no sólo de Clausewitz y de Grolman, grandes por su pasado y por la causa que sostenían, sino también de Roon y de Stosch, de Moltke y del reciente general Von Bernhardi, que pide que la Francia, "en el próximo e inevitable conflicto, sea tan completamente aplastada, que Alemania no la halle jamás en su camino." Leuthner, agrega que no debiera acontecerle a gran partido llegado a un grado de madurez, como el partido socialista alemán, el de hostigar a la diplomacia de su país. Son esos los gajes de los partidos jóvenes. Los socialistas de 1890 han podido ser los perrillos persecutores de los mediocres sucesores de Bismarck. Sus ladridos eran pueriles. Pero hoy que el partido socialista tiene a su cargo Alemania, ellos serían criminales. El pueblo inglés que en treinta años ha fundado su inmenso imperio colonial da una lección a los alemanes acerca de lo que puede ser la democratización de la política internacional. Esta democratización no ha roto la tradición diplomática de Inglaterra; ella asegura, en otras formas, la práctica de ideas que se han mantenido invariables. Ideas de dominación, cuya antigüedad es de tres siglos, inventadas por hombres capaces de discenir, antes que otros, las *necesidades* en las cuales debe inspirarse la expansión y las *posibilidades* que se le ofrecen, se han transmitido a las capas profundas de la sociedad. La conciencia del pueblo percibe hoy esos fines lejanos, estas necesidades y posibilidades de acción. Traduzcamos esto de la siguiente manera: El socialismo alemán absuelve hoy a todo el pasado de la política alema-

na. Ha combatido esta política para ejercitar sus fuerzas de oposición. A punto de alcanzar su parte de influencia en los negocios, tranquiliza a la dinastía, como lo hicieron los partidos burgueses después de 1866, acordándole su justificación.

En lo sucesivo, se ridiculiza a los pacifistas, tales como Fried, que persisten en manifestar su pesar por lo que ha costado la obra de la unidad, —realizable en la paz alemana y universal de 1848,—en astucia, violencia y sangre; que deploran todos los derechos que ella ha lesionado, y los rencores legítimos que ha dejado persistentes y vivaces. El nuevo socialismo encara como su presente tarea, el abrir la conciencia popular a las ideas de dominación que han surgido a raíz de la victoria de 1870; de despertar a esa forma particular de sentido político, tan vivo en los ingleses, y que percibe la estrecha unión de los intereses populares y de los destinos del Estado.

En la época en que el general Boulanger entusiasmaba a los *camelots* (realistas) franceses con el andar gallardo de su caballo negro, más de uno, entre nosotros, escuchó a revolucionarios alemanes desear la conflagración, de la que esperan—sea cualquiera el país victorioso—el advenimiento de la república social. Algunos de esos socialistas alemanes desean tristemente la derrota alemana. Sólo un patriotismo paradojal puede llegar a estas consecuencias desmedidas: Un republicano francés, Ernest Picard, ¿no ha dicho, acaso, después de Sedán, que una jornada que nos libraba del imperio no era una jornada perdida? No se incriminará el patriotismo de los hombres de la Defensa Nacional. Pero ese patriotismo que reclama, ante todo para la patria un régimen digno de ella, no es ya el de los revisionistas alemanes de hoy. La filosofía industrialista los domina. Puesto que no hay derrotas saludables para un estado industrial. La forma política del estado, piensa Leuthner, es secundaria respecto de su estructura económica: *"No existe en la Europa continental más que un solo estado moderno en la entera significación de las palabras: Alemania."* No puede, pues, ocurrir que este estado perezca.

Estamos habituados a constatar en los alemanes poca modestia aunque sean socialistas. Generalmente, sin embargo, su modestia comenzaba cuando reflexionaban en su política interior. Pero que socialistas vean la perfección del modernismo en el país de los hidalgüelos, de la policía y del militarismo; en un país sin parlamentarismo; en el país en que 40 millones de prusianos no han podido aún conquistar el sufragio directo; en el que un rey de Sajonia puede abolir ese sufragio por un golpe de estado, y en el que el senado de Hamburgo puede retirarlo a las clases laboriosas sin correr el riesgo de ser llevado todo entero y ahogado en el viejo puerto, como hubiera acontecido si Hamburgo fuera Marsella; he ahí lo que ciertamente es nuevo y sobrepasa los límites permitidos de la broma. Leuthner mide la modernidad por el número de las fundiciones de metales y las grandes quincallerías que trabajan para la exportación. Una nación que no "fabrica al kilo" para el mercado universal de grande y pequeña metalurgia, no es moderna. Los obreros alemanes no tienen nada que aprender de ella, y el interés principal de esos obreros coincide con los intereses de esa grande empresa de quincallería alemana que cubre el globo. Poco importa quién la conduzca; es necesario que ella no se derrumbe:

"Una casa de gran comercio, radiante a lo lejos en la aureola de su grandeza, y que, si ella se derrumbara en una bancarrota, seputaría a ella y todos los que en ella trabajan, en las tinieblas de la miseria: He ahí a Alemania."

No podemos esperar de un alemán que desee la derrota de su país; y que el proletariado alemán, en su mayoría, haya podido desearla nunca, jamás lo hemos supuesto. Es exacto que, como dice Leuthner, el obrero tiene más que temer de una derrota de su país que el mismo monarca. Los reyes desterrados, después de la catástrofe, viven felices en Venecia o en Chislehurst. La clase obrera, despues de haberse desangrado en los campos de batalla, paga luego las contribuciones de guerra y pierde su trabajo porque las fábricas se cierran y el vencedor, enriquecido por los miles de millones extorsionados a los vencidos, se afirma en los mercados de los cuales los ha desalojado.

Ninguna fuerza del mundo puede construir un edificio de libertad y de dicha sobre un pueblo mutilado, empobrecido por la substracción de provincias importantes y restringido en el mercado universal por una concurrencia demasiado fuerte. Aceptamos eso, y preferimos, también, que la República alemana surja un día de la transformación espontánea de la autoridad dinástica, despojada ya de su fuerza de resistencia. No parece ser eso, sin embargo, lo que Leuthner espera o prevé. En su ponión sólo las catástrofes pueden abatir poderes establecidos sobre cimientos tan sólidos como aquellos que forman las raíces del imperio alemán. La democracia alemana tiene que temerlo todo y no esperar nada de los cataclismos que absorberán al imperio. Pero la verdad es que el socialismo alemán de hoy es solidario de la dinastía y del régimen que el imperio se ha dado.

He aquí por qué sépalo o no, su mismo autor, la conclusión de Leuthner es netamente bismarkiana. Contra una Francia militarizada hasta la locura (*bis zum Tollpunkt*), quiere volver a la adopción de una diplomacia de "duchas frías". A decir verdad, el mismo Guillermo II ha advertido que esta diplomacia exasperaba más a la opinión pública de un pueblo que no ha caído aún en el vasallaje. Los socialistas de la nueva especie, son menos psicólogos y más bismarckianos. Leuthner se molesta por nuestras subscripciones para la compra de aeroplanos, de las revista de Vincennes, de las pensiones militares organizadas porMillerand, de todo aquello, en fin, que parece probar que se aminora el miedo a Alemania, y que se la admira menos. Le disgusta constatar ese sentimiento en un pueblo donde la natalidad disminuye. Su estilo cáustico adopta los procedimientos de mofa de Max Harden para expresar su desprecio por el ejército francés. ¿Se le cree formado por 534.000 hombres? "Esas cifras son vacía ostentación". Y concluye: "Es necesario que quitemos a los franceses la quimera de su superioridad: así calmaremos también sus ansias belicosas." Pero, ¿cuál será el método de ducha fría a emplearse? El general Von Bernhardi la conoce. Los recientes aumentos militares son un principio de realización. Leuthner cita el hecho y lo aprueba. No está distante el momento en que el partido socialista alemán, trabajado por estos nuevos revisionistas, habrá cesado de rehusar su aprobación a los créditos para los nuevos armamentos.

¿Qué es necesario hacer? El pasado político de Alemania es "la ausencia de política, en el ruido y en los gastos", es una "bulliciosa inactividad". Es preciso esperar a que Leuthner, después de haber denunciado esto, proponga una política útil y activa, que impida este descenso constante del prestigio alemán, que ha acompañado paralelamente al crecimiento de las fuerzas militares y económicas de Alemania. A esta tensión del esfuerzo alemán, nuevo, silencioso y útil, ¿qué objetivo debe señalársele? Lo que es necesario en primer término, dice Leuthner, es separar de la Triple-Entente, a Inglaterra, ingresada a ella por una verdadera "neurosis del miedo". Es preciso demostrar a los ingleses que no tienen nada que ganar con que Francia se instale sobre el Rhin, y con que Rusia se haga dueña de Koenigsberg; que no pueden sino perder con la destrucción de Hamburgo y de la flota alemana. Es necesario hacerles sensible los errores de una política que ha dejado a los rusos desmembrar la Persia, abandonado a Francia con la cesión de Marruecos, la llave del Mediterráneo, y hecho surgir, en la Tripolitania abandonada a Italia, una nueva amenaza para Egipto. La verdadera obscuridad de la situación presente está en la actitud de Austria. Febrilmente, ella construye dreadnoughts, concentra su flota en el Adriático, eleva de 400.000 a 520.00 hombres el efectivo de paz de su ejército, sin que nadie haya hecho mención de esta reforma que aumenta en 2.000.000 de hombres su efectivos de guerra. Existe unanimidad de entusiasmo en todas las clases sociales de la población autrohúngara para acelerar esos armamentos. Un archiduque heredero, dotado de férrea energía y de un sentido absolutista inflexible, gobierna esta masa heterogénea y apasionada de belicosas poblaciones. He ahí la nube amenazadora. ¿Se descargará sobre los Balcanes? ¿Sobre la Polonia rusa que Francisco Fernando tal vez piensa agregar a la Polonia austriaca? ¿Sobre Italia, donde puede pensar extinguir de una vez por todas las miras irredentistas, que es necesario desalojar del Adriático? No es posible saberlo. Y, ¿qué hará Alemania? Le es preciso preparar la guerra terrestre después de haber cometido el error tan prolongado de preparar la guerra naval. No serviría de nada ser vencedor por mar si una invasión franco inglesa procedente de Holanda, tomara de revés a la defensiva alemana sobre las costas del Mar del Norte. El interés de Alemania está en la paz. Los socialistas alemanes no demuestran un cinismo mayor que el de los diplomáticos: sin desaprobar a los generales no adoptan aún su lenguaje. La actitud que las circunstancias imponen a Alemania es de adosarse a Autsria, porque sólo esta alianza le permite hacer frente a Francia y Rusia. Pero si un Francisco Fernando encendiera el fuego de la guerra — dedúcese de los mismos razonamientos de Leuthner,—que Alemania le deberá su apoyo. Una derota de su aliada sería su derrota. Los intereses vitales comprometen a la nación más allá de la letra de los tratados.

(*Continuará.*) *Ch. Andler.*

Trabajadores de la piedra

En otra oportunidad hemos discutido el asunto que hoy nos ocupa nuevamente, y seguiremos con el mismo hasta tanto no desparezca por completo la causa que lo promueve, porque estamos convencidos de que es el principal motivo de la obra demoledora de nuestra organización.

En las épocas en que la organización obrera del país permanecía en un estado de inactividad, la organización de los trabajadores de la piedra comenzó a desplegar una intensa campaña.

Sucediéronse las huelgas triunfantes, aportando en breve tiempo importantísimas modificaciones en las condiciones económicas y morales de los trabajadores.

Movimiento iluminado por el concepto sindicalista, alcanzó abarcar una vasta extensión amenazando con su enérgica acción al capitalismo y sus adláteres.

La nueva fuerza que operaba, asumía siempre más potencia, hasta hacer imposible cualquier tentativa de detención o destrucción por parte de los enemigos.

No cabe discusión; el movimiento fué siempre inteligentemente dirigido. Pero, lamentablemente, en un momento dado, los obreros desecharon los acertados métodos de lucha, para substituirlos con otros, que si bien aparentemente demostraban ser beneficiosos, no lo eran así substancialmente.

Conocido esto por los hombres de más preparación y experiencia en el movimiento obrero, súbitamente trataron de señalar sus defectos, el cual, permitiéndolo, en tiempo más o menos lejano, conduciría a una desviación a la organización revolucionaria.

Tal vez, el demasiado rápido desarrollo de la organización no permitió que los obreros adquirieran una suficiente capacidad técnica del movimiento que actuaban, motivo más que suficiente para incurrir en errores, como el señalado.

Los últimos hechos producidos, vienen a confirmar lo que a su tiempo habíamos previsto, y que tratamos de salvar, sin conseguir, desgraciadamente, nuestro objeto.

El nuevo sistema de trabajo creaba una nueva situación. Notablemente disminuían los movimientos, y éstos con menor eficacia; consecuencia inmediata, era el debilitamiento de la organización.

Transcurrido así algún tiempo, llegamos al momento en que la llamada "crisis" provocaba la casi completa paralización de todas las industrias nacionales, siendo indiscutiblemente la de la piedra una de las más afectadas.

Aquí es donde nuestra organización fué impotente para contrarrestar los efectos de la "crisis", como si hubiera sido provocada a propósito para destruir la organización.

Si bien no tuvo realización este propósito, que en el fondo existía en los cálculos burgueses, redujeron muy notablemente las condiciones de vida de los obreros.

Bien; nuestra organización fué impotente en el momento preciso, porque los sistemas de trabajo (independiente y a destajo), no podían dar otros resultados que la desviación, y por consiguiente, la debilidad del Sindicato.

Ahora que hemos sufrido en carne propia sus triste consecuencias, cabe preguntar; ¿habrá todavía alguno que no se halle convencido? Creemos que no.

Consideramos, por el contrario, que el momento propicio, para nosotros, se presenta nuevamente. Las necesidades, las mismas aspiraciones, que en otros tiempos nos animaron, debemos sentir ahora, y con más experiencia y firmementes convencidos debemos prepararnos a robustecer nuestras organizaciones que nuestros enemigos intentaron destruir.

Natalio VIEL.

IMPORTANTE

A los agentes y suscriptores

Se previene que en adelante toda correspondencia destinada al la administración y redacción de La Acción Obrera, *deberá ser dirigida a nombre del nuevo encargado, compañero* Juan Perazzo, *calle* Constitución, *número* 2845, *dept.* 5, *Buenos Aires.*

Los giros, como siempre, deberán ser expedidos a nombre de Juan Cuomo, *si bien deben ser remitidos con la dirección indicada.*

En breve se remitirá a todos los agentes y subscriptores que se interesan por la vida de La Acción Obrera *y anhelan verla floreciente, una lista con el fin de recaudar fondo con subscripciones extaordinarias entre todos los simpantizantes de la propaganda sindicalista.*

"ORIENTACION"

Con este título aparecerá en breve una publicación anarquista editada por la agrupación del mismo nombre, constituída recientemente para mantener "con rectitud de criterio, una proficua e intensa propaganda oral y escrita", según lo expresan sus componentes en una circular de presentación, de la que transcribimos los párrafos principales, en los que explican y denuncian la existencia de un confusionismo entre los pretendidos propagadores del ideal, del que naturalmente, se apartan los que saben interpretar con altura su participación activa en los conflictos sociales.

"Participamos de la opinión, repetidamente exteriorizada, de que existe una deplorable deficiencia en la propagnda anarquista, en cuanto a la forma de emplear la actividad y el esfuerzo general para divugar las ideas y el modo de interpretar la participación de los anarquistas en los asuntos colectivos para caracterizarlos en la orientación libertaria. Y aunque muchos de los que lamentan esta deficiencia, atribuyen que la causa principal de todo es la falta de una organización permanente, que sería la contralora de los intereses creados como útiles propios para cumplir la obra diaria y dar bríos a la acción de los núcleos sociales; que se encargaría de metodizar la senergías. y que a su vez facilitaría la solución de cualquiera dificultad surgida por antagonismos de conceptos o pasionismos personales, nosotros por penetración analítica consideramos errónea esa apreciación. No basta para subsanar la falta de una mayor vitalidd revolucionaria, la creación de una organización, que quizás aumentaría el caudal de incertidumbres y desconfianzas existentes, que hace vacilar a los partidarios de la selección entre los elementos que buscan la vinculación, la ilimitada confianza, como un punto afirmativo para cualquier iniciativa.

Hace falta sí, no un organismo federativo extendido por el país como expresión de fuerza numérica, sino lo que es de más sencilla practicabilidad; la coordinación de voluntades, la inteligente relación, la reciprocidad efectiva entre las agrupaciones, entre aquellas que han sido creadas, no por mero dilentantismo, sino con propósitos trascendentales, o que se acrediten entre la colectividad libertaria por la honestidad de los individuos que las componen y por la seriedad de su labor en la acción militante que virtualiza el esfuerzo común."

CONTROVERSIA

Organizada por el "Fascio Rivoluzionario Italiano, tuvo lugar el jueves 17 de junio ppdo. una controversia en el salón Condordia. El asunto que la promovía era la rotulación comunista de la organización obrera pretendida por unos cuantos anarquistas cuya carcterística es su ignorancia completa del valor de la organización sindical.

Sostendrían esa absurdidad, el comerciante Gabriel Biaggioti, persona considerada de gran *sabiduría* entre los que todo ignoran, y Celestino González. Contra la opinión de éstos, y por la utonomía de la organización proletaria, hablaban los camaradas Santiago Pisani y Bautista V. Mansilla, respectivamente.

Lamentamos profundamente no poder hacer una amplia información de lo expuesto en esa controversia, pues el reducido espacio de nuestra hoja nos lo imposibilita. Sin embargo, a título de satisfacer la justificada curiosidad de no pocos compañeros que no pudieron asistir al acto, haremos constar algunas de las tantas tonterías que pasan por cosas muy profundas, expresadas por los rotulistas.

El bolichero Biaggioti, que como hemos dicho es un comunista cuyo lema quiere encajar como bandera de la organización,—siguiendo el ejemplo de los frailes de aldea,—aseguró,—mientras tenía sus manos apoyadas sobre su abultado vientre—que "el pueblo no se espanta del comunismo. No; el pueblo nos escucha y aplaude cuando nos oye. Hay que ser *francos y sinceros;* quienes combaten el comunismo son una minoría (ésta, que al decir de nuestras "notabilidades comunistas son las que siempre tienen la razón). La finalidad doctrinaria, es para el feliz comerciante, por fortuna, también de aldea, como un faro—dijo—que como la idea de Dios ilumina los cerebros del descarriado rebaño humano.

El comunismo anárquico debe ser aceptado por todos, desde el momento que permite a cada uno hacer lo que le da la gana. Y para ilustrar mayormente a los asistentes, nos dijo que el comunismo es enemigo de los gobiernos absolutistas (esto nos hizo pensar que aquí no tiene razón, entonces, de ser, porque si los diarios no engañan, tenemos un gobierno democrático, republicano y federal.

Pisani hizo notar, muy oportunamente, la nefasta influencia de las religiones y de los sacerdotes—haciendo ver la similitud de la pretensión de estos frailes rojos—y al mismo tiempo puso de relieve la ignorancia y la inconciencia de los defensores del rótulo, leyendo y comentando los acuerdos de congresos anarquistas y de los prohombres de es fracción, en completa contradicción con esta clase de anarquistas.

Siguióle después Celestino González. De lo dicho por éste sería imposible, aunque quisiéramos y tuviéramos espacio, hacer la mínima mención; pues no dijo nada.

El camarada Mnsilla tuvo, como Pisani, un contrincante que no podía estar a la altura de las circunstancias. Y quizás por eso, en sus primeras palabras dijera con toda razón, que no tenía ningún propósito de poner en ridículo a González. La ridiculez fluiría de la misma exposición, que ajustada al asunto en debate permitiría la apreciación debida. Y efectivamente, la fundada argumentación del camarada Mansilla en favor de la autonomía del movimiento proletario, dió a todos los presentes la sensación de esa triste verdad.

El concepto de la autonomía sindical fué brillantemente sostenido, revelándose como una superior oencepción del movimiento obrero. El IX Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina tuvo una acertada e irrefutable defensa de parte de este camarada que abundó en una extensa consideración de hechos históricos.

LOS DOGMATICOS

El alma clerical y sectaria de las masas consagradas a la obediencia y repeto ciegos por los oráculos y sacerdotes de modernas religiones, sobrevive todavía, si bien muy debilitada, bajo el manto de nuevas designaciones.

Es que puja por existir—bajo la cáscara de ideales negadores de todo lo arcaico—el espíritu sectario y rebañesco que como caudal enorme legaran siglos de dominación religiosa.

Los imperativos categóricos de los dogmas, las encíclicas de los santos sínodos se reproducen con distintas designaciones, como para fijar una pauta al derrotero por el cual ha de encaminarse la acción de quienes aparecen como los nuevos feligreses del nuevo clericalismo dominante.

Son los *iconoclastas, los negadores de todo lo viejo,*—los que enfáticamente se atribueyn el papel de representantes de nuevos valores,—quienes reciben la inspiración sacerdotal o del oráculo, sin los cuales, por una curiosa coincidencia de superhombría y nulidad, no serían capaces de dar un paso, ni emitir un pensamiento, ni empeñar una acción,.

A los viejos símbolos, a las viejas creencias, se les ha substituído con otras, manteniéndose, como es muy natural, la substancia, todo lo que constituía su vida: es decir, el espíritu religioso y rebañesco.

Ante el vestido o símbolo negro, blanco o amarillo, de los antiguos sacerdotes, surgieron los nuevos con distintos colores. Si el simple rojo no fué suficientemente impresionante sobre el espíritu humano, hubo necesidad de darle un aspecto misterioso, más trágico. Al rojo puro se le agregaría una inmensa franja negra, la que daría al traje, a la vez que una variedad de colores, un aspecto sugestivo de leyenda que despertaría la curiosidad de los incrédulos, a quienes iniciaría en la fe sagrada del ideal elevado a la categoría de dogma.

Bajo una nueva denominación, todo lo pretérito, todo lo arcaico hace esfuerzos por existir. Es que hay naturalezas especiales, psicologías adaptadas,—verdaderas creaciones fosilizadas—que realizan esfuerzos colosales para lograr que sobrevivan.

Esclavos de un pasado que se aleja, harán esfuerzos, sin embargo, para aparecer todo lo contrario. Harán protestas por sus ideales nuevos, e intentarán demostrar que se han librado de todos los atavismos milenarios, pero no harán más que demostrar que sólo han cambiado de casaca. No está en su naturaleza la ley de renovación perenne que rige la vida...

Para ellos el pasado es el presente, no obstante cuando pretendan soñar, nada más que soñar, en un futuro paradisíaco...

Se podrá decir que todo esto es lamentable que ocurra en un movimiento que pretende realizar la más grande transmutación de todos los valores. Sin embargo (es del único punto de vista que puede tener un cierto interés), constituye ello un atractivo elemento de observación para todo aquel estudioso cuando mañana, libre de otra preocupación mayor, quiera dedicarse al análisis de esta época y de ciertos elementos que para su propia gloria de hombres *avanzados* han constituído la mayor de las rémoras.

Ellos podrán comprobar, cómo la vida que no se sujeta a los criterios antojadizos de los hombres, ni a las fórmulas o dictados dogmáticos de mentes encastilladas en un principio doctrinario, se abre paso por sí sola, barriendo con todos los obstáculos que se oponen a su paso.

Ellos, en fin, podrán constatar, que los actuales dogmatismos que se esfuerzan en cerrar la vida y la acción en una fórmula, no son más que los últimos resabios de milenarias creencias que sólo tienen en su haber la virtud de haber hecho de los hombres unos esclavos de las ideas, de místicas ensoñaciones y de símbolos. Y verán también, que no era posible hubiera desaparecido totalmente a estas horas, o se hubiera producido una total transformación del espíritu humano, después que durante siglos y siglos, éste no fué otra cosa que un esclavo miserable de todos los postulados doctrinarios. Comprobarán, por último, que lo que en la emergencia actual ha existido no han sido más que los últimos manotones de ahogados del viejo espíritu religioso.

Por la Unidad Sindical

Con este epígrafe, un núcleo de militantes de la organización—en que el predominan los trabajadores ferroviarios — ha publicado un vibrante manifiesto para exteriorizar sus sentimientos favorables en un todo a los acuerdos del IX Congreso de la F. O. R. A. y condenando, al propio tiempo, la actitud de los que, pertrechados en fanatismo inexplicable, han pretendido desconocerlos.

Como no es posible, por el reducido formato de nuestro periódico, reproducir en su integridad ese documento, publicamos a continuación la parte final y el nombre de los firmantes:

"Compañeros:

"Levantemos bien alto los corazones y vayamos todos, como un solo hombre, por el derrotero que seguirá la F. O. R. A. del IX Congreso.

"La emancipación—digamos una vez más—será obra de los trabajadores mismos. ¡Viva la organización obrera revolucionaria!

"¡Abajo todos los charlatanes y todos los que luchan contra ella!...

Vicente Todaro D'Aquila, Cándido Villaro. S. Canga, D. Navarro, C. García, Teodoro Astiasarán, Pedronzo, J. Ramírez, A. Di Landro, Francisco Ibáñez, Lauro Pepa, M. Ponce, Daniel Alvaredo, Andrés Groppo, C. Montale, Bautista V. Mansilla, E. Huertas, V. Cabrera, L. Dechaíno, Marino Pianesi, Santiago Pisani, Dardo Fernández, Cándido Fernández, Amadeo Roca, Luciano Lucas Martínez, A. Forcari, Antonio E, Benegas, Jorge